

1

¿Por qué no empezar por una calle? La calle y el trayecto que recorrí cada día durante más de dos años, camino de ida y de vuelta. La calle Bjørnson, sucia y congestionada, filas de bloques de viviendas de obreros a cada lado de la sombra que parece un camino, una arteria de entrada fría y anémica, de acera estrecha, que pasa por la zona de las fábricas y la gasolinera y baja hacia la plaza Danmark, el cruce iluminado más oscuro de la ciudad. Una calle miserable, interrumpida por huellas abrumadoras: un árbol moribundo, la ruinosa casa de madera, un seto cubierto por el polvo de los tubos de escape y la ventana ante la que ella se quita el jersey de algodón.

Una calle miserable, mi dirección postal y mi recorrido favorito para adentrarme en la ciudad. (Ahora que vivo en la otra punta, en un piso limpio y luminoso, con terraza y vistas al puerto, de vez en cuando cojo el autobús hasta la calle Bjørnson para volver a recorrer el mismo trayecto en dirección al centro.) La calle se abre por la derecha hacia la Escuela de Artes y Oficios y Krohnsminde, y por la izquierda hacia los altos bloques de pisos y Solheimsviken. Paso por delante de los aprendices de cocinero que fuman en las escaleras de la escuela bajo sus vaporosos gorros blancos, como si sostuvieran las nubes con sus cabezas, una fila

de siete u ocho aprendices de cocinero junto a los aprendices de peluquero, fácilmente identificables por sus peinados, cabelleras rojas y verdes con todo tipo de longitudes y direcciones (una de las chicas se ha afeitado el pelo formando un carril que va desde la frente a la nuca, como si el camino continuara por su cabeza), y sigo de frente, bajando hacia la plaza Danmark. Atravieso por debajo el cruce de carreteras a varios niveles. ¿A la izquierda o a la derecha en el paso subterráneo? El paso subterráneo se divide, hoy escojo la derecha y me acabo alegrando, más tarde, por no haber elegido la izquierda, porque un poco más adelante por la ruta de la derecha, recién pasado el Cine Forum, tras la cuesta que da al estanque de Store Lungegård, en el puente donde yacen los peces agonizantes sobre el asfalto, la luz del sol alcanza una señal de tráfico y yo soy alcanzado por una inesperada sensación de felicidad. No dice más que: eres feliz. Aquí y ahora. Infinitamente. En este instante eres feliz, sin motivo alguno, como un regalo. No hay otra manera de describirlo. No tengo razones para estar feliz, tengo resaca y estoy deprimido después de haber pasado cuatro días bebiendo sin parar, vivo solo en una casa sucia en una calle miserable, duermo sobre un colchón, sin muebles, abandonado por aquella con quien creí que lo iba a conseguir. Estoy destruyéndome a mí mismo, una dura y seria labor de llevarme a la ruina, bebo y me voy disolviendo, y de pronto soy feliz. ¿Por qué? ¿Porque la luz del sol alcanza una señal de tráfico? Pierdo el aliento y he de detenerme. Siento en el cuerpo una claridad cálida y exultante. Se me despabilan los pensamientos y pierden peso, es una experiencia por entero concreta, se me aligeran las ideas y sigo caminando, ahora más ligero, en dirección a monte Nygård y el centro. Lentamente caigo en la cuenta: eres feliz porque caminas.

2

Llevar una vida de perros: arrastrarse a cuatro patas, la barriga por el suelo, la cara hacia abajo, una cicatriz en los ojos, la luz que me golpea como un bastón, una herida en la que alguien silba, ella silba en la sangre, silbidos en la cabeza, quién está silbando, acercarse a todo esto, arrastrarse por el suelo, meterse bajo la mesa, un charco de alcohol, recogerlo a lame-tazos, ponerse boca arriba y acomodarse bajo la mesa, no ves más que la mitad o menos de todo, la cintura, quizá, los pies desnudos y, por la noche, el borde del camisón. El borde de la mesa te impide verle la cara, es tu padre, tu maestro y señor, su hermosa espalda, el sudor y la camisa, volvemos a mudarnos. La habitación vacía, tan liberadoramente desnuda, una lámpara, en fin, algo que amar, amar una lámpara, desvístete, apaga la luz y a la cama, si tú supieras, qué vas a saber, qué sabrás tú, él saca el cigarrillo, se arrastra bajo la mesa, qué bueno es arrastrarse, ahogarse en uno mismo. Qué gusto da beber, llenarse de olvido, irse a pique, echarse a perder.

La oscuridad incipiente bajo la mesa, como vivir en una casa dentro de la casa, lunes, martes, jueves, la caseta del perro, sales arrastrándote, ruedas hacia la pared, introduces la hebilla del cinturón en el enchufe, ¡ahí!, sientes la luz, sientes la fuerza, ahora lo ves levantarse, avanzar a tientas hacia la puerta, pugnar y brincar, saltar hacia el pomo de la puerta y alcanzarlo con el morro, bajarlo con los dientes, el metal contra la lengua, abrir la puerta a ladridos y salir corriendo al pasillo, montar todo el ruido y el jaleo precisos para que alguien venga a llevárselo.

3

Antes de que me vaya: ¡hagamos repaso de las alegrías que conocemos! Beber, tambalearse en el bar, elevar el vaso, encender el cigarrillo, hablar sin saber lo que se dice, una co-

rriente imparable de olvido que es recibida por una boca cualquiera.

Al día siguiente, arrastrarse, arrastrarse por la ciudad, escaleras arriba, puerta adentro, sobre la alfombra, mirar hacia la ventana, jugar con los niños, hablar con los críos como un desquiciado.

Amar, quiero decir, abalanzarme sobre ella, ponerle la ropa, las bragas y los leotardos, la camiseta interior, el jersey, calarle el gorro y el abrigo y mandarla a sus cosas, y correr, a toda velocidad ahora, descender por las curvas y las escaleras desde la guardería, entrar en casa a trompicones y abalanzarme sobre ella, quitarle el jersey y los leotardos, las bragas y la camiseta interior, obligarla a meterse en la cama, en fin, ésta es mi vida.

Una alegría pura, dormir.

Una alegría seria, despertar, despertar cada mañana, la seriedad de la vida. Es una alegría que la vida sea seria. Despiertas, es una alegría, despiertas a la seriedad, la vida se despierta, no sólo tú, también se despiertan el vecino y la tienda, las calles, los ruidos y el aire que ella ya no respira.

La alegría de vivir. Amo la vida. Cuanto mayor me hago, más quiero a la vida. Cada vez me da más miedo la muerte, cosa que me sorprende. No me vuelvo más sabio con los años, al contrario, cabe la posibilidad de que me encamine hacia una estupidez pura y omnipresente.

La alegría de quedarse tranquilo durante largos periodos de tiempo, de quedarse en casa, encerrado en el piso, de cerrar la puerta con llave, atenuar la luz y sentarse junto a la lámpara y el escritorio, de escribir o no escribir.

La alegría del escritorio, de las cosas, del cenicero y la lámpara, de la ventana y las sillas, de la alfombra del salón y las puertas. La alegría de las cosas creadas por manos humanas. Esta casa, estas escaleras, este ascensor, todas las puertas y los cuadrados, los libros y las cartas, este escritorio, este bolígrafo, los ha creado el lenguaje.

Es martes y hasta hoy no había pensado en la alegría que supone ser capaz de hablar. Me produce alegría ser capaz de

pensar, hoy en concreto me alegro de poder escribir, es martes y me alegro de que sea martes.

No he olvidado la alegría de viajar. La excitante alegría de trasladarse, de ir montado en un coche y alejarse a toda velocidad, inmóvil y a toda velocidad, me encanta conducir rápido, rápido y lejos, salir de la ciudad y volver. O las excursiones cortas, en autobús o en barco, ir y volver por el mismo camino; lo que más me gusta son los ferries, o los trenes, ellos nunca abandonan sus planes originales.

Olvidamos. Olvidamos lo fundamental, la alegría de despertar, de ser capaces de levantarnos, de entrar en la cocina y beber un vaso de agua.

¡Un vaso de agua fría!

No sé si recordarás... el triunfo de eso de levantarse, alzarse del suelo, quedarse de pie y en vilo, el control repentino y la alegría infantil de poder caminar de un cuarto a otro.

Bueno, lo que más me gusta es caminar.

Es martes y salgo. Salgo a beber. Una alegría estúpida. La alegría de tambalearse y perder las palabras y el equilibrio, cimbreado y arrastrarse, es casi como volver a ser un niño.

4

Frente a la casa donde viví de niño, al otro lado de la calle Vestre Torg, hay una hospedería. En la hospedería hay un bar. Durante dos años, pasé prácticamente todas las noches bebiendo en ese bar. Desde la mesa junto a la ventana podía ver la ventana en la que me apostaba de niño a mirar las luces tras el cristal ante el que ahora me siento.

Tal vez nuestras vidas se desarrollen en torno a unos pocos lugares decisivos y yo haya reencontrado uno de esos lugares. Una calle. Ascende, se convierte en una cuesta empinada y se cruza con otra calle antes de acabar en unas escaleras; los escalones que suben hacia la iglesia de San

Juan. La hospedería está a la izquierda, la casa de la infancia a la derecha; ante la puerta de entrada hay un pequeño jardín y un árbol, creo que es un haya, escribo que es un álamo, detrás de la puerta de la hospedería hay un bar en forma de herradura y aquí se encuentra mi nueva familia. Lo cierto es que el local realmente recuerda a un salón. Allí están mi hermano de juergas, mi madre y mi padre de juergas, y allí está también mi hermana de juergas, me da cerveza y cigarrillos, pero yo quiero estar solo. Quiero beber las primeras cervezas solo, con los vasos y la barra y el camarero. Escuchar y ver. Oír las mismas viejas historias, ver las mismas caras y convertirme en otro.

¿En quién te quieres convertir? ¿Con quién te vas a encontrar? ¿Dónde vas a acabar? ¿Qué va a pasar? Sentarse en el bar es como embarcarse en un viaje. Beber es como viajar sin moverse de la silla.

La oscuridad es un lugar, la luz un camino, escribió Dylan Thomas. Yo me encuentro en la oscuridad, me he instalado en mi sitio habitual en la barra y pido una cerveza. La primera sabe bien. La segunda es la mejor. La tercera es mejor que la primera, la cuarta es excelente, la quinta también, en las restantes ya no se trata del sabor, sino del beber, se trata de la embriaguez. Un olvido lento y placentero. La cerveza no es como el vino o el aguardiente, no es tan impaciente ni tan colérica; nos vamos a quedar aquí un buen rato, ahí reside el arte, sentarse a beber, una noche entera, en eso reside el arte: en quedarte quieto tanto tiempo que acabas moviéndote. Lentamente y sin esfuerzo, te alejas de ti mismo.

Basta con pensar la idea: vas a vivir toda la vida contigo mismo. Puedes buscarte otra novia, puedes abandonar a los amigos y la familia, alejarte, buscarte una ciudad nueva y nuevos lugares, puedes vender lo que tienes y deshacerte de todo lo que no te gusta, pero nunca –mientras vivas– te librarás de ti mismo.

Hay periodos en la vida en que te dices a ti mismo: eres una persona insoportable. Hay periodos en la vida en que tienes ganas de llevar una vida de perro. De irte a pique y

echarte a perder. Bebes y te vas disolviendo, te hundes. Te esfuerzas por alcanzar el fondo. Te diriges hacia abajo, y lo bueno de esta labor de destrucción es que la disfrutas.

Hay razones más sencillas para beber. A mí me gusta el alcohol, me gusta este bar. Aquí me siento como en casa, es un buen bar. El bar es un buen lugar, un lugar para beber. El bar es un hogar perverso, un salón imposible.

Es martes, la mejor noche. El local está lleno, a mí me gustan las aglomeraciones. Caer en una unidad inferior, una especie de comunidad en lo bajo; una sociedad embriagada. Acaban de dar las doce, no es ni martes ni miércoles, es hora de beber. Es hora de desaparecer aquí entre tus amigos, tu nueva familia, y todos esos a los que no conoces. Estás sentado en el salón bebiendo. Te has arrojado a la multitud y, sin que nadie lo note, te hundes hasta el fondo y desapareces.

5

El sueño de desaparecer. Esfumarse. Salir un día por la puerta y no volver nunca.

El sueño de convertirse en otro. Abandonar a los amigos y la familia, abandonarse a uno mismo y convertirse en otro; romper todos los lazos, abandonar el hogar y las costumbres, renunciar a las pertenencias, la seguridad, las perspectivas de futuro y las ambiciones para convertirse en un extraño.

Dejarse crecer la barba, el pelo, ocultar los ojos, comprarse unas gafas, ropa usada y zapatos desgastados, dejar que se hinche la cara, que se ennegrezcan las manos, vagar por el entorno cotidiano, entre los conocidos de antes, y ver qué aspecto tienen las cosas cuando ya no se está.

El sueño de una transformación.

Como cuando te despiertas una mañana junto a un rostro que no conoces. Como cuando ella dice tu nombre y tu